

CAPITULO CLVII.

Enfermedad y últimos momentos de Felipe II.

LLEGAMOS á los últimos momentos del reinado de Felipe II, de este reinado tan lleno de accidentes y de peripecias, de este reinado tan lleno de contradictorios pareceres y de encontradas opiniones, como escaso de hechos que tendieran al engrandecimiento de la nación.

La vida de aquel Monarca que desde el interior de su gabinete había traído revueltas y alteradas á todas las cortes de Europa iba á extinguirse, y cual una justa expiación de sus frías crueldades y de los dolores que causara en vida, padecimientos horribles, dolorosos tormentos acibararon de una manera poderosa sus postreros días, obligándole en más de una ocasión á abandonar sus negocios para pedir á Dios que tuviese piedad de sus tormentos.

Herencia de su padre había sido la gota que especialmente desde veinte años ántes, veniale molestando, pero en los últimos siete, adquiriendo mayor fuerza prepararon el terreno de tal modo, que los dos postreros no fueron más que una serie de prolongados y complicados padecimientos que causa repugnancia el referirlos en toda su horrible desnudez.

Una fiebre ética presentóse en este último período, demacrando su cuerpo y debilitando sus fuerzas de tal modo, que para conducirle de un punto á otro hacíase necesaria una silla, y aún así, sufría extraordinariamente.

Hijo de este estado fué un humor hidrópico que, hinchándole el vientre y las piernas, le producía una sed devoradora, que solamente á costa de penosísimos esfuerzos y de molestias sin número podía dominar.

Como cosa de año y medio ántes de su muerte cubriéronse de llagas la mano y pié derecho, llagas producidas por los perniciosos humores que se fueron formando en su cuerpo, y las cuales le ocasionaban dolores tan agudos, que ni aún podía sufrir el contacto de las ropas de la cama.

«Quiero que me lleven vivo donde está mi sepulcro,» dijo á don Cristóbal de Mora al tener noticia de que habían llegado al Escorial una porción de reliquias que había enviado á buscar á Alemania; y aún cuando el dictamen de la ciencia fué desfavorable á semejante traslación, y aún cuando sus consejeros procuraron disuadirle, Felipe II, enfermo y abatido, conservando empero la misma fuerza de voluntad de sus buenos tiempos y aquella tenacidad que le hacían inaccesible á los consejos y á las reflexiones, persistió en su idea y no hubo otro remedio que complacerle, conduciéndole á aquel sitio.

Seis días mortales empleáronse en cruzar las ocho leguas que separan á Madrid del Escorial, y á pesar de haber construido expresamente una especie de litera-cama, á fin de que pudiese ir acostado el regio enfermo, y á pesar del cuidado que tenían los portadores de ella, los sufrimientos del Monarca fueron extraordinarios durante aquel trayecto, según refieren los testigos presenciales de estos hechos en relaciones que hasta nosotros han llegado, y de las cuales se han hecho cargo otros historiadores que nos han precedido.

Al encontrarse en el Escorial, al verse en aquella maravilla de piedra por él ideada y construída por él, como poderoso baluarte de la religión católica, en medio de una época en que tantos y tan repetidos golpes estaba recibiendo ésta, pareció reanimarse algún tanto.

Al día inmediato hízose conducir á la iglesia, donde estuvo orando durante un largo espacio, y en los cuatro días inmediatos recorrió todas las dependencias del edificio tendido siempre en la silla, inspeccionándolo todo detenidamente, «como quien gozaba en ver terminada y de aquella manera enriquecida su magnífica obra, y como quien al propio tiempo se despedía de ella,» como dice un historiador de nuestros días.

Natural era que este movimiento y esta agitación agravaran sus padecimientos, y efectivamente su ordinaria calentura tomó el carácter de intermitente, inspirando grandes cuidados á los médicos, que lo eran los doctores García de Oñate, Andrés Zamudio de Alfaro y Juan Gomez de Sanabria.

Tras algunos días de este nuevo padecimiento, apareció un tumor sobre la rodilla derecha que le causaba atroces sufrimientos, y que no siendo suficiente á resolverle los medicamentos ordenados al efecto, fué necesario operarle.

Su extremada debilidad hacía temer por el resultado de la operación, por cuyo motivo preparóse con cristiana resignación, haciendo una confesión general y pidiendo que le llevaran algunas reliquias.

Sin embargo, aún cuando el hábil cirujano Juan de Vergara llevó á cabo felizmente la misión que le fué encomendada, nuevas úlceras se abrieron sobre las que el bisturí hiciera, aumentándose, como es consiguiente, los sufrimientos del desgraciado enfermo y haciéndose más penosa su situación.

Espectáculo doloroso y triste había de ofrecer aquel miserable cuerpo consumido por el ardor de la fiebre, devorado por la violenta sed de la hidropesía, aquejado por los punzantes dolores de las úlceras, aniquilado por el sudor de la tisis, inmóvil en el méfítico y nauseabundo lecho que no se podía limpiar por el estado

del enfermo, y en el cual sólo se conservaba aquella alma enérgica y poderosa, sobrenadando, por decirlo así, en medio de la disolución que la envolvía.

Al cabo de treinta y cinco días de vivir muriendo en medio de esta inmundicia cloaca, como la califica un historiador, cual si no fueran bastantes los padecimientos y la miseria de aquel cuerpo, formáronse en las úlceras multitud de gusanos que no fué posible extinguir, á pesar de los solícitos cuidados empleados para ello, viviendo todavía en esta situación el largo espacio de cincuenta y tres días.

La religión era el único consuelo que el augusto enfermo encontraba en tan supremos momentos, haciendo al mismo tiempo varias donaciones piadosas, destinando grandes cantidades para dotar huérfanos y socorrer viudas, y haciendo que fueran puestas en libertad algunas personas que gemían en las prisiones, devolviéndoles los bienes que se les habían confiscado, debiendo citar entre los que participaron de este último beneficio, la esposa é hijos del desgraciado Antonio Perez.

Comprendiendo que cada día que pasaba íbase aproximando al sepulcro, rogó al nuncio apostólico le concediese, en nombre del Pontífice, su bendición, siendo confirmada ésta por el santo Padre poco despues.

El mismo pidió la Extremaunción, siéndole leído por su confesor, á petición suya, todo el ceremonial según el ritual romano, escuchándole con extraordinaria atención.

Mandó llamar á su hijo para que presenciase el acto, y despues le dijo: *He querido, hijo mio, que os hallarais presente á este acto para que veáis en qué para todo, y despues de haberle dado algunos consejos respecto á la gobernación del reino, le despidió, dejando de ocuparse ya desde aquel momento el augusto enfermo de los negocios temporales, para dedicarse exclusivamente á la salvación de su alma.*

Hizo abrir el féretro en que reposaban las cenizas de su padre para que le amortajaran de igual manera que á él, mandando colocar junto á su cama el ataúd en que habían de depositarle despues de muerto.

Dos días ántes de morir hizo llamar al Príncipe y á la Infanta, despidiéndose de ellos, ordenóles que perseverasen en la fe, y despues de haber entregado á su confesor la instrucción que el rey de Francia San Luis diera á su heredero en la hora de su muerte al objeto de que se la leyera á sus hijos, dióles á besar su mano y se separó de ellos derramando abundantes lágrimas que se unían á la allicción de aquéllos.

Al inmediato día, D. Cristóbal de Mora, en virtud de lo que le dijeron los médicos, anunció al regio enfermo la proximidad de su muerte, noticia que éste escuchó sin conmoverse, mandando que le leyesen la pasión de Jesucristo procurando encontrar en ella algún consuelo á los padecimientos que sufría.

Una congoja que al poco rato le sobrevino hizo creer á todos los que le rodeaban que había muerto, en términos que le cubrieron el rostro como si aquel caso hubiese llegado ya, pero reanimóse poco despues, haciendo creer en una más ó menos prolongada mejoría, hasta que á las cinco de la mañana del 13 de setiembre de 1598, á los setenta y un años de edad y cuarenta y dos cumplidos de reinado, entregó su alma al Criador.

Tal fué el fin de aquel tan poderoso Monarca heredero de tan poderosos dominios, que por espacio de tantos años había hecho estremecer á toda la Europa, y cuya maquiabélica y astuta política había producido tantas alteraciones y provocado tantos conflictos.

En virtud de las disposiciones que había dado, D. Cristóbal de Mora y D. Antonio de Toledo, ejecutores de la postrera voluntad del Monarca, preparáronse á cumplir lo que por ella se les ordenaba.

Despues de lavado el demacrado cuerpo, envolviósele en un lienzo, y colocándole al cuello una humilde cruz de palo, pendiente de un cordel, vistiéronle una sencilla mortaja, con la cual le pusieron en la caja de plomo, que á su vez fué encerrada en el féretro que le estaba destinado.

Magníficos fueron los funerales que los monjes le hicieron, que bien merecía el regio fundador de aquel soberbio monasterio y el pródigo protector de él que la comunidad mostrara su gratitud al que tanto debía, y su sentimiento por la pérdida que había experimentado, con aquel tributo tan solemne como majestuoso y digno del convento.

Terminados los funerales, trasladóse con ostentosa ceremonia el regio cadáver á aquel panteon que él mismo mandara construir, y en el cual había de antemano escogido el nicho donde había de reposar.

De las cuatro esposas que había tenido, según dijimos en los lugares oportunos, tuvo Felipe los hijos siguientes: de D.^a María de Portugal, al príncipe Carlos, que falleció en 1568; de María de Inglaterra ninguno; de Isabel de Valois, á las infantas D.^a Isabel y D.^a Catalina; y de D.^a Ana de Austria, á D. Fernando, D. Carlos y D. Diego, que fallecieron, y D. Felipe, único que sobrevivió, el cual nació en 14 de abril de 1578.



CARLOS V VISITA Á FRANCISCO I.

CAPITULO CLVIII.

Juicio respecto al reinado de Carlos V.—Situación del reino.—Despoblación y miseria del país.—Inútiles esfuerzos de las Cortes.

VERIFICADA YA por los Reyes Católicos la transformación de la sociedad española, el monarca que les sucediera necesariamente había de encontrar planteados todos los puntos más esenciales de su constitución; no tenía otra cosa que hacer más que armonizar, por decirlo así, todos aquellos heterogéneos elementos que por las razones expuestas anteriormente habían entrado á constituir el país.

Los fueros municipales y las Cortes eran la base del principio de libertad; el sentimiento religioso estaba, como dice un historiador, encarnado ya en el cuerpo social; la organización política, áun cuando diferente por efecto de los distintos reinos que habían venido á formar la monarquía, guardaba una semejanza absoluta en el fondo, toda vez que sus dos órbitas de acción eran el poder de los monarcas y las libertades populares; la legislación, si carecía de uniformidad porque adolecía de los defectos inherentes á su procedencia de cada uno de los diversos reinos, era, sin embargo, tan completa como lo permitía su tiempo; la instrucción pública estaba ya bastante desarrollada; la nación poseía una literatura propia, y finalmente, todo lo que podía constituir un pueblo grande, poderoso y lleno de virilidad se hallaba reunido en la España del siglo XVI.

Sin embargo, mucho había que hacer todavía, porque, como fácilmente se comprende, todo pueblo recientemente regenerado necesita ir perfeccionándose en la nueva senda emprendida.

Varias son las opiniones emitidas por historiadores distintos respecto al reinado de Carlos I, ponderándole unos como altamente beneficioso, ó rebajándole otros juzgándole de estéril, de inconveniente y de perjudicial.

No seremos nosotros de los que nos inclinemos por completo á ninguna de las dos opiniones.

Participamos de las dos sin embargo, mas no podemos menos de confesar que algo beneficioso dejó en herencia á su hijo, junto con los deplorables legados que tambien le hizo.

El reinado de Carlos I tuvo para España el gravísimo mal de ser sobradamente extranjero, cuando precisamente, lo que á la muerte de los Reyes Católicos se necesitaba, era un rey verdaderamente español.

A parte de esta base, necesario es convenir que todos los actos, todo el modo de ser, por decirlo así, de aquel Monarca había de resentirse de un modo notable de sus aficiones flamencas, de su ambición de dominio y de su tendencia á aquella absoluta soberanía, respecto á la cual el cardenal Jimenez de Cisneros le diera los primeros fundamentos.

«Si cifráramos el bienestar de un pueblo en el brillo de sus glorias militares, dice un historiador moderno; si graduáramos su felicidad por su grandeza; si midiéramos su prosperidad por la extensión de sus dominios,» positivamente España debía ser uno de los Estados más felices durante el reinado de Carlos I.

Mas por desgracia no consiste en aquello el bienestar y la ventura de un pueblo, y si los Reyes Católicos habían dejado reconstituido el país y verificada su union política, la desatentada conducta del efímero reinado de D.^a Juana y de su esposo D. Felipe relajó de nuevo algun tanto los lazos por aquellos estrechados, y áun cuando de nuevo Fernando procuró remediar el mal causado, necesitábase en su sucesor, más al monarca prudente, sagaz y discreto, que no al impetuoso guerrero y al conquistador atrevido, para prestar fuerza, vigor y unidad á los heterogéneos elementos que habían entrado poco hacía á formar la constitución de este reino.

Por desgracia, Carlos I, de error en error durante los primeros años de su monarquía, hiriendo el sentimiento nacional con la falange de favoritos flamencos que introdujo en España, hiriendo con sus exigencias la dignidad de las Cortes castellanas, siendo el principal promovedor de la guerra de las Comunidades y terminando por dar un golpe de muerte á las libertades del reino, probó que desconocía el país llamado á regir, haciendo presagiar lo poco español que había de ser su reinado.

Una funesta cuestión de rivalidad sostuvo constantemente esas desastrosas guerras con Francia que, si nos proporcionaron el triunfo de Pavia, triunfo debido á aquellos famosos generales formados en la escuela del Gran Capitan, en cambio empequeñecieron al Monarca español con la conducta observada con Francisco I durante su prision, al cual no visitó más que una sola vez en su enfermedad, y esto para tratar de sacar el mejor partido de su situación, acarreándonos más tarde el desastre de Cerisoles.

Más preocupado con la corona del imperio que con la de España, aquélla y sólo aquélla fué la motora de todos los conflictos en que se halló, de las guerras que hubo de sostener, de las plazas que había de guardar y de los tratados á que hubo de suscribir; guerras, plazas y ejércitos mantenidos especialmente con el dinero de España, con los soldados españoles, con los capitanes formados en la escuela de Gonzalo de Córdoba.

Necesario es conceder á Carlos cualidades no comunes para sostener tan incansables fatigas, para combatir como soldado, mandar como general, obrar como diplomático, discurrir como sagaz político, proceder como cristiano y mandar como monarca en los

múltiples asuntos que surgían á cada paso en su reinado, asuntos muchos de ellos por él mismo provocados.

Es verdad que en lo de la religion transigió con los protestantes de Alemania y con los de Inglaterra, y que su fe de caballero quedó bastante quebrantada en varias ocasiones, mas achaque fué este de todos los soberanos y príncipes de su tiempo, y las circunstancias en que éstos por faltas semejantes le ponían, obligándole á obrar de tal manera.

Enemigo infatigable de los infieles, nos hallamos conformes con un historiador que dice, que «llenó en esta parte mejor que todos los demás príncipes cristianos de su tiempo la misión que parecía estarle encomendada,» y verdaderamente, si las complicaciones que á cada momento se le ofrecían no lo hubiesen impedido, mayores y de más trascendencia hubieran sido los triunfos alcanzados sobre los turcos.

Defensor de la unidad católica, lo mismo en Africa, que en América, que en Europa, hizo grandes esfuerzos para conseguirla, y áun cuando es cierto que á él se debe que no se propagara por las demas naciones el funesto contagio de la epidemia alemana, ni pudo extinguirle allí, ni la política seguida con los infieles de España fué la más conveniente ni para la religion, ni para los intereses generales de la nacion.

Contra lo capitulado en Granada, más tarde fueron obligados los infieles por los Reyes Católicos á bautizarse, sin tener en cuenta que todo aquello que por la fuerza se impone tarde ó temprano produce funestos resultados.

En la alternativa de abandonar el suelo en que habían nacido, donde radicaban sus intereses y tenían sus aficiones, aceptaron un bautismo que en secreto vituperaban, y que no les impedía en el interior de sus hogares practicar la religion de sus padres.

Estos moriscos, de los que muy pocos eran verdaderamente cristianos, constituían la población inteligente, agricultora é industrial de España, y en ellos, por decirlo así, estaba concentrada toda la riqueza del país.

En Valencia habían sido un poderoso auxiliar de los nobles para enfrenar á los *agermanados*, y por doquiera los señores prescindían de su falta de fe en la religion cristiana, en gracia de los servicios que les prestaban, de las pingües ganancias que su industria les proporcionaba y de la inmensa riqueza que daban á la nacion.

Carlos creyó que semejante estado no podía continuar, y por acuerdo de la junta de teólogos é inquisidores que para tratar de aquel asunto se reunió, se les puso de nuevo en el caso de optar entre el cristianismo forzado ó la expulsion inmediata.

Las consecuencias no se hicieron esperar, y agotados todos los medios para atenuar el rigor de aquella medida, dió comienzo aquella insurrección sangrienta y porfiada sostenida en las fragosidades de Espadan, de que nos hicimos cargo en otro lugar, y que si bien quedó sofocada, no quedó extinguida.

El fuego permaneció oculto entre la ceniza para reaparecer en los dos reinados subsiguientes, y proporcionar días aciagos al país, y finalmente la desaparición de un gran elemento de su riqueza.

Lo más conveniente y provechoso, como dice muy oportunamente Lafuente, hubiera sido «instruirlos, civilizarlos, atraerlos con la doctrina, con la política y con la predicación,» mas no fué éste el parecer de aquellos esclarecidos varones, y los resultados de las medidas violentas son por lo general violentos tambien.

Durante el reinado de Carlos hemos visto dilatarse de una manera poderosa los dominios españoles; nuevos caminos se abrían á la civilización y al comercio, y nuevos veneros de riqueza se hallaban en las apartadas regiones del Nuevo Mundo; mas ¡ay! que las guerras sostenidas por el emperador de Alemania esterilizaban aquellos manantiales tan fecundos y de tanta importancia para el rey de España, y en aquel círculo de hierro en que giró constantemente el nieto de Maximiliano, ni él ni sus hombres pudieron aplicar los necesarios principios económicos que de aquellos descubrimientos pudiera haber reportado tantos beneficios el hijo de la reina D.^a Juana.

«¿Qué provecho redundó despues á España de aquellos cuarenta viajes del Emperador por las tierras de Europa, por las aguas del Océano y del Mediterráneo?» pregunta con mucha razon Lafuente. El provecho que España obtuvo, fué la pérdida de sus libertades y de sus más populares franquicias; que se viera falta de brazos para manejar la esteva y el arado, porque en apartadas regiones estaban blandiendo la lanza ó sosteniendo el arcabuz, ó porque emigraban á América en busca de una rápida fortuna, y el estar á cada paso sufriendo el peso de los subsidios que el Rey pedía á las Cortes para sostener los gastos de las guerras que mantenía el Emperador.

Mal dirigida la emigración, producía un abandono extraordinario en las industrias, puesto que en América encontrábase fácilmente los medios de obtener riquezas, y unido esto á los brazos que la guerra consumía y esterilizaba, producía la espantosa despoblación de que tanto se resentía España, y que no bastaba á mejorar los triunfos sobre los turcos, los herejes ó los franceses, ni los tratados y alianzas del Emperador.



BLASCO DE GARAY